

cabellera, testigos de otras civilizaciones, de que los *ahuehuetes* parecen hablarnos cuando el aire agita sus penachos venerables. La salvación de esos *ahuehuetes*, muy difícil en ciertos casos, ha sido llevado á feliz término merced al amor del Ministro hacia á los árboles; amor que lo ha llevado á prestar siempre un apoyo decidido á los diversos ensayos para la repoblación de los bosques. El plan general del de Chapultepec y todos los trazos de calzadas, lagos y perspectivas son obra del señor Limantour. He aquí una buena labor, á la que nuestro biografiado consagra sus divagaciones matinales. Y he aquí también por qué el *reporter* de un diario, refiriéndose en una *nota* á la atención consagrada por el señor Limantour á Chapultepec, ha comentado «para qué sirve *además* un Ministro.» ¡Este *además* tiene tan extensas repercusiones!

El Ministro ama á los árboles, pero además, en efecto, ama á los hombres; ama, sobre todo, á la juventud, á ese renuevo de vida nacional que se nutre con la savia de la Ciencia en los establecimientos educativos; y entre esa juventud, á los que tienen los lugares más humildes, á los que luchan á brazo partido con la *pobreza*, eufemismo con que á veces se disfraza verbalmente la *miseria*; á los que ponen en todos sus actos ese recato y ese orgullo, que, andando el tiempo, suelen tornarse ¡ay! en falta de aspiraciones, cuando no degenera en rebeldía ó arrastra lastimosamente al abismo del vicio. Y, sin embargo, ¡con el metal del *estudiante pobre* se han fundido grandes figuras nacionales

que han merecido la gratitud de la sociedad y de la patria!

Del afecto hacia ese grupo acaba de dar el señor Limantour (febrero de 1910) un ejemplo poco común: la institución de una «Casa de Estudiantes», fundada al amparo de la vigente ley de beneficencia privada, con un donativo de su propio peculio. El capital de la expresada fundación asciende á \$168,752.35, representado por varios inmuebles, valuados en \$43,752.35, y de \$125,000.000.00 entregados por el fundador en efectivo. La institución está domiciliada en la ciudad de México, y su objeto es proporcionar á los estudiantes de cualquier carrera profesional que hayan justificado su aptitud y aplicación y que á la vez muestren su escasez de recursos, alojamiento cómodo é higiénico, en un edificio construído *ad hoc*, á cambio de una cuota excesivamente moderada.

El pensamiento de esta fundación había sido generado por una cadena de hechos, de que en un tiempo fué testigo aquel *estudiante rico* que presenció los rudos combates, los dolorosos sacrificios y también los trágicos naufragios del proletariado estudiantil, tan frecuente en nuestro país. Y la huella que esos hechos dejaron en el espíritu de nuestro biografiado, lo dice él mismo en los «considerandos» que fundan su legado:

«De estudiante, y en todo tiempo después, me han inspirado profunda simpatía y positiva admiración los jóvenes pobres que emprenden una carrera, sin tener cubiertas las necesidades materiales más

apremiantes. Laboriosos y humildes, y también por lo común de buen comportamiento, su amor al estudio, así como su conducta ejemplar, contrastan con los de aquellos de sus compañeros que viven libres de las preocupaciones á que dan lugar el desamparo y la penuria. Mientras estos últimos pocas veces llegan á ser individuos útiles á la sociedad, los estudiantes pobres casi siempre alcanzan á formar parte en la intelectualidad mexicana del grupo de hombres superiores que, en los diversos ramos de la actividad humana, prestan mayor contingente al progreso de la nación.

«Por desgracia, las circunstancias peculiares del medio social en que nacen, y la educación incompleta y defectuosa que generalmente reciben en la niñez, suelen influir desfavorablemente sobre la formación del carácter y hábitos de sociedad de los expresados jóvenes; deficiencias que después, en la vida práctica, los atan de mano con frecuencia, ó, cuando menos, los colocan en condiciones desventajosas para la utilización de sus aptitudes y de sus méritos.

«Sin que pretenda yo que puedan llenarse los vacíos y corregirse los defectos aludidos, creando una institución cualquiera, pues serían necesarios, para lograr tales fines, múltiples esfuerzos y variados medios de acción, he creído, desde hace años, y sigo creyendo, que se modificarían muy favorablemente ciertas peculiaridades del carácter de nuestros estudiantes pobres, así como de sus costumbres sociales, y hasta su vida física, proporcio-

nándoles, á bajos precios, habitación sana, cómoda y agradable, donde viviendo en común, pero con bastante independencia, se estimulen unos á otros en sus estudios, adquieran hábitos de orden y de higiene, gocen de algunas distracciones, y á la vez cultiven sentimientos de simpatía y desinteresada amistad, que les servirán, más tarde, para huir del retraimiento y del egoísmo.

«Sólo las personas que han visto de cerca el modo de vivir de tan desinteresados jóvenes, y que se dan cuenta de la energía moral de que es necesario revestirse para trabajar mentalmente durante años, en medio de las más grandes privaciones, pueden apreciar el alivio y el consuelo que al estudiante es capaz de proporcionarle una casa que sustituya, en parte, al hogar de que carece; y si he dicho que conviene hacer este beneficio á bajo precio y no gratuitamente, es porque cuando se trata de formar hombres, ayudando á los jóvenes á vencer los obstáculos de todo comienzo, hay que alejar hasta la posibilidad de que nazca en ellos un sentimiento de mortificación por el hecho de vivir exclusivamente á expensas de la filantropía particular. Se consigue también por este medio que la institución á que me refiero se sostenga por sí sola y sea susceptible de extender sus servicios á un mayor número de agraciados.»

Este acto de filantropía, trascendental é inteligente, que representa sin duda un esfuerzo más provechoso para la sociedad que la aparatosa dádiva en especies metálicas con que suele disfrazarse

la vanidad para dejar caer, al paso, una moneda, sin preocuparse por su destino é influencia, ha sido estimado en México, aunque acaso no se haya percibido claramente su importante finalidad. ¡Tan acostumbrados estamos á que la caridad—no sustituida aún por el altruismo—cristalice en la *limosna*, que ni la molestia reclama de volver el rostro!

El señor Limantour ha mostrado siempre un especial empeño en declinar las manifestaciones de carácter colectivo en honor de su persona; no ya las que pudieran interpretarse como un acto político, sino también las que frecuentemente han tratado de organizar grupos de hombres de trabajo ó amigos suyos particulares. Su resolución ha cedido en algunas ocasiones, cuando su negativa ha corrido el riesgo de que se la considere como una descortesía ó cuando la invitación que se le ha hecho ha redundado en beneficio de su país y de la Administración de que forma parte.

Tal fué el banquete que durante su estancia en Europa en 1903, le ofreció en Londres, el mes de julio de aquel año, un gran número de personalidades de la alta banca, el comercio y la industria. La enumeración de los concurrentes indica su categoría y significación en los negocios. Además de muchos diplomáticos ahí acreditados, he aquí algunos nombres de sumo valer político é intelectual y varias *firmas* que representan un puño de millones:

Lord Farrer, Hon. Spencer Lyttleton, Hon. Alban Gibbs, Sir Thomas Jackson, Sir Ewen Cameron, L. Breithmeyer, Vaan Raalte, M. Marlborough Pryor, J. C. Nayrne, (Banco de Inglaterra), Carl Meyer, W. Courthope, Mr. Stern, Mr. Currie, (Glin Mills & Co.), Mr. Whitehead, (Chartered Bank of India), Mr. A. Ellert, L. Lübeck, (Dresdner Bank), T. Baring, D. A. Seligman, F. W. Lunan, W. Macandrew, (Banco de Londres y México), T. Hughes, Teniente General Sir Richards Sankrey, Harrison Hodgson, H. C. Waters, E. E. Pearson, Mr. Clarendon Hyde, J. C. Macdonald, etc. Suplicaron se les tuviera como presentes: Lord Goschen, Lord Hinlip, Sir Douglas Fox, Barón Reuter, Sir Arthur Paget, Lord Rotschild, Sir James Kitson, Sir Ernest Cassel y algunos otros caballeros.

A la hora de los brindis, y después de los propuestos en honor del Rey de Inglaterra y del Presidente de la República Mexicana, el *speaker* consagró su atención á la persona á que estaba dedicado el banquete, de quien hizo un cumplido elogio, que comprendía tanto al funcionario del gobierno mexicano, como á la personalidad de nuestro biografiado.

El señor Limantour contestó, refiriéndose exclusivamente á México y á la alta figura del General Díaz, como determinante de la transformación de la República.

«Bien sé—comenzaba—que esta gran manifestación de aprecio, aunque á mí dirigida, lo está, en

realidad, á mi país y al ilustre gobernante que ha regido su destino durante el último cuarto de siglo, é interpretándola así, la acepto como justo testimonio de simpatía hacia una nación que está resuelta á seguir por el camino del orden y del progreso, y hacia un Jefe de Estado que, con la mayor abnegación, ha consagrado toda su vida y sus excepcionales dotes al bienestar de sus conciudadanos y á la prosperidad de su Patria. Felices aquellos pueblos cuyas ideas y sentimientos son reflejados por sus Gobernantes. Afortunadamente para México, no hay razón alguna para que no disfrute por largos años de esta felicidad, que debemos los mexicanos á nuestro querido Presidente.»

Luego narraba con palabra concreta la historia de los progresos de México, la gran lucha por movilizar y esparcir sus riquezas naturales; trazaba los lineamientos de la política ferrocarrilera; exponía el sistema de bancos; daba á conocer la cuestión monetaria y terminaba en un caluroso período invocando la solidaridad internacional de los grandes intereses económicos.

En aquel mismo año de 1903 fué nuestro biografiado objeto de grandes distinciones por parte de algunos miembros de la colonia francesa residente en México, que se encontraban en París al paso del Ministro de Hacienda por esa capital, y de algunas casas bancarias y comerciales. El señor Limantour acababa de ser promovido al grado de gran oficial de la Legión de Honor, y con este motivo se abrió una subscripción entre los miembros

de la expresada colonia para ofrecerle una placa de brillantes, representativa de la nueva condecoración. El comité encargado de presentar al señor Limantour el obsequio, estaba formado por los señores M. E. Barthe, J. B. Bellon, H. Béraud, M. Chauvet, S. Coblentz, P. Créténier, L. Fould, A. Garcin, Garnier-Courtaud, J. Hauser, E. Herrmann, L. Honnorat, E. Noetzlin, J. Ollivier, L. Ollivier, M. Ollivier, A. Reynaud, A. Richard, S. Robert y C. Vezin, personas todas muy conocidas en México y en Francia, y que han contribuído poderosamente al desarrollo económico de nuestro país.

Estas mismas personas organizaron un banquete en honor del señor Limantour, que se celebró en el Hotel Continental de París. En ese banquete, y en respuesta del brindis que por él se propuso, pronunció el Ministro de Hacienda un discurso, en el que abundaban conceptos semejantes á los mantenidos en el de Londres, y que terminaba con las siguientes palabras:

«Conocéis las célebres palabras del Barón Louis sobre las finanzas y la política. En lo que á México se refiere, creo que podrían modificarse diciendo: "Haced buena política, y las buenas finanzas se harán por sí solas". En efecto: ¿qué otra cosa se llama hacer buena política, si no es establecer el orden, proceder con rectitud en la conducción de los negocios públicos y respetar los derechos de todos? Pues bien, he ahí, precisamente, lo que ha realizado el Presidente Porfirio Díaz. Ahí es don-

de se encuentra, señores, el verdadero origen del buen crédito que disfruta México; ahí también el secreto de este maravilloso impulso que, mediante la construcción de una vasta red de caminos de hierro, la ejecución de considerables trabajos públicos y la creación de las empresas agrícolas, industriales y financieras de que hace un momento acabáis de hablar, ha contribuido tan poderosamente al desarrollo del bienestar general.»

Por aquellos mismos días, fué obsequiado en París el señor Limantour con otro banquete que le ofreció M. León Bourgeois, entonces ministro de Relaciones Exteriores, al que concurrieron muchos representantes distinguidos de la política, las ciencias y las artes.

Mencionaremos, por último, el banquete que le fué ofrecido en la ciudad de México el 20 de julio de 1905. El señor Limantour acababa de reponerse de la enfermedad que lo tuvo á las puertas de la muerte y firmado el decreto de la reforma monetaria, como se consigna en uno de los anteriores capítulos. Un grupo de doscientos banqueros, comerciantes é industriales organizó con este doble motivo una comida en honor del Ministro. Citar los nombres, así de los organizadores de la fiesta como de los concurrentes á ella, sería mencionar á las personalidades más distinguidas en el campo de las letras, la ciencia, el trabajo y aun la política.—Don Manuel Calero, que fué el encargado de ofrecer el banquete, puntualizó, desde luego, el carácter que éste tenía:

«Esta agrupación de comerciantes, industriales, profesionistas, hombres de trabajo, en suma, cuya voz tengo la inmerecida honra de llevar, no se ha congregado aquí con el propósito de tributaros un trivial homenaje de cortesía, sino para pagaros una vieja deuda de admiración entusiasta y de gratitud profunda.»—Y el señor Calero hacía la historia de la labor financiera del Ministro y de su esfuerzo para llevarla á término, sin dudas ni vacilaciones. «No desmayásteis, señor, en vuestro afán extremo. Sostenido por la autoridad suprema del Presidente de la República, secundado por las clases trabajadoras, y aplaudido por los hombres de buena fe, habéis recorrido un ciclo glorioso, sin que os amedrentaran jamás la magnitud y la complejidad de los problemas por resolver, ni os hiciera quebrar vuestra ruta la gravedad latente de nuestra situación política, ni os abatiera el desaliento ante la mordaz inquina de vuestros enemigos.»

Y contestó el señor Limantour en un discurso, del que queremos recoger algunos conceptos, porque ellos son un documento más para el estudio de su personalidad en la historia de nuestros últimos tiempos:

«Es tarea más que difícil, por no decir imposible, expresar con fidelidad los sentimientos de simpatía y de viva gratitud, cuando embargado por la emoción y poco familiarizado con la oratoria de sobremesa, se desea elevar el lenguaje á la altura del alma, y por medio de frases elocuentes hacer vibrar los corazones. Ese esfuerzo no debo intentar